

YO, EL *FRAM*



Javier Cacho

YO, EL *FRAM*

El buque más famoso de la historia
de la exploración polar

fórcola
Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

«El *Fram*», acuarela de Miguel Ángel Morillo

© Javier Cacho, 2018

© De los dibujos, Miguel Ángel Morillo, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-32134-2018

ISBN: 978-84-17425-24-1

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

A María, mi hija, que desde pequeña
supo seguir la estela del *Fram*,
buscando su destino.

«Al Norte, siempre al Norte.»

INTRODUCCIÓN

VOSOTROS LOS HUMANOS tenéis poca memoria. De tanto pensar en el futuro se os olvida lo que habéis sentido y vivido en el pasado. Yo, en cambio, tengo recuerdos imborrables desde el primer instante de mi existencia, cuando aquel joven noruego, un poco engreído y arrogante, llamado Fridtjof Nansen empezó a pensar en mí.

Algunos hablaban de él como un científico que prometía mucho, otros decían que era un esquiador fuera de lo común, incluso había quien lo etiquetaba de héroe, pero todos estaban de acuerdo en que era un gran explorador. Había dirigido la primera expedición que atravesó Groenlandia, había revolucionado la técnica de la exploración polar y por aquel entonces estaba dando vueltas a un objetivo todavía más ambicioso: penetrar en el corazón del océano Ártico.

Para eso necesitaba un barco. Por eso me necesitaba a mí.

I
BAUTISMO DE HIELO



1

Mi nacimiento

MIS PRIMEROS RECUERDOS SON BORROSOS, es posible que fueran sus sueños y temores. Corrientes oceánicas empujando grandes masas de hielo que le llevaban en volandas a la gloria; hielos estrechando, destruyéndolo todo y hundiéndole en un mar de dolor y olvido; cantos de alabanza de multitudes y gritos desgarradores de su familia. De repente, mientras abría unos frutos secos, surgió un pensamiento que captó toda su atención. Ambiciones, fantasías y angustias, todas pasaron a un segundo plano porque una oleada de serenidad se había apoderado de su ser.

Una vez fui una nuez

No fueron tiempos fáciles para Nansen. Si bien disponía de una elevada cantidad de dinero para organizar su expedición, le faltaba algo. Viajaba de un sitio a otro, se entrevistaba con personas diversas que escuchaban respetuosamente su, para él, brillante idea de un barco a prueba de hielo con la forma de una cáscara de nuez. Pero el entusiasmo y la seguridad que desplegaba chocaban contra un muro de cautela y desconfianza por parte de quienes le recibían. Nadie se atrevía a materializar aquella quimera por miedo al fracaso. La nuez saltaba de una mano a otra infructuosamente hasta que finalmente alguien le dio el nombre de un armador, Colin Archer, de familia escocesa afincada en Noruega. Era su

última oportunidad y, aunque yo no lo supiese, también la mía.

El encuentro entre ellos dos cierra ese período de recuerdos vagos e imprecisos. La nuez volvió a danzar entre sus dedos, pero esta vez noté un destello en la mirada de su interlocutor. Cuando al final se dieron un fuerte apretón de manos supe que mi futuro estaba sellado.

Durante semanas, en compañía de Otto Sverdrup, hablaron, discutieron y negociaron. Uno tras otro, los croquis meticulosamente dibujados terminaban, tras infinitas deliberaciones, llenando las papeleras; los cálculos cubrían las pizarras hasta que algo hacía que los borrasen y volvieran a empezar. Fue un período arduo y pesado para ellos y en algún momento hasta tenso; pese a todo yo notaba que las dificultades se iban solventando. Los bocetos ya no se tiraban con desdén, rabia e impotencia, sino que eran modificados; y las cuartillas llenas de números ya no se rompían sino que se corregía una cifra aquí y otra allá. Hasta que un día intuí que todas aquellas reuniones en aquel despacho pequeño abarrotado de maquetas y planos habían concluido y comenzaba una nueva etapa. A ellos se les notaba satisfechos y yo, en el limbo en el que aún me hallaba, siendo todavía una idea nacida de una cáscara de nuez, me encontraba expectante por saber qué vendría a continuación.

Entre martillazos y voces

Acostumbrado como estaba a simples pensamientos o, como mucho, a las voces de Nansen, Archer y Sverdrup, tuve que afrontar una nueva etapa de mi vida mucho más bulliciosa. Docenas de personas se movían en todas direcciones, carros tirados por ruidosas y apestosas

caballerías amontonaban troncos y tablones, grúas y cablestrantes movían grandes vigas de un lado a otro y por todas partes se escuchaba el chirriar de las sierras, el rasgar de la garlopa y el rítmico golpear de los martillos sobre los formones al tallar la madera. Creo que me hubiera vuelto loco en aquel maremágnum de no ser porque comenzaba a sentir algo. Sé que puede parecer una locura, pero notaba que comenzaba a vivir. Aquellos montones de madera informe eran inspeccionados concienzudamente por ojos expertos que no dejaban de rebuscar hasta encontrar el trozo que iban buscando; hábiles manos trabajaban cada una de las maderas seleccionadas hasta darles la forma precisa y luego, como si se tratase de un gigantesco rompecabezas, las iban encajando en una estructura inmensa que, de alguna manera, presentí que era yo.

Parecían buenos profesionales, que habían hecho aquellos mismos movimientos muchas veces antes, sin embargo yo sentía que, en esta ocasión, conmigo había algo especial. Utilizaban materiales cuya calidad ellos mismos no dejaban de elogiar, se sorprendían de la forma que iba tomando mi esqueleto y hablaban con orgullo del fin para el que iba a ser destinado.

Durante meses aquel ejército de operarios, en agotadoras jornadas de trabajo, fue ejecutando las órdenes que Colin Archer, a modo de director de orquesta, les iba impartiendo. Recorría la estructura que iba surgiendo, palpando las vigas, comprobando la exactitud de los ensamblajes y verificando la calidad de los acabados. Me gustaba sentir sus manos callosas, había profesionalidad en aquellos gestos, aunque también ternura y orgullo. Alguna vez he llegado a pensar que me consideraba como un hijo, y me gustaba ese sentimiento porque yo a él sí le consideraba como un padre.